

## ¡PURO GRINGO! PERFILES DE LA INMIGRACIÓN ITALIANA EN LAS COLONIAS SANTAFESINAS

### *PURE GRINGO! ITALIAN IMMIGRATION PROFILES IN THE COLONIES OF SANTA FE*

ADRIANA CRISTINA CROLLA  
Universidad Nacional del Litoral – Argentina  
[acrolla@gmail.com](mailto:acrolla@gmail.com)

La radicación de italianos en las llanuras del interior argentino tuvo perfiles particulares, en especial en la pampa santafesina, gracias al impacto de las políticas provinciales en la distribución de la tierra. Política que permitió la fundación de “colonias”, el trazado de una impresionante red de vías férreas y de caminos que hicieron cambiar sustancialmente los modos y fluencias en las comunicaciones y regulaciones económicas, culturales y sociales de la región y del país. El factor extranjero hace que se sancione el nombre “Pampa Gringa” (en sustancia “habitada por extranjeros”) a la zona (la que también comprende al este de Córdoba). Y por extensión, dada su masividad numérica, “gringo” al italiano. Apelativo que hoy día define orgullosamente la identidad de sus habitantes, descendientes en un 70% de aquel aluvión itálico. El trabajo propone un breve recorrido histórico, un análisis de los alcances del término y su emergencia en la literatura argentina y local.

*The establishment of Italians in the inland plains of Argentina had particular backgrounds, especially in the Pampa Santafesina, thanks to the impact of provincial policies in the distribution of the land. This policy allowed the foundation of “colonies”, the layout of impressive railway networks and roads that made substantial changes in the ways and flows of communications, and economic, cultural and social regulations of the region and the country. The foreign factor makes the name “Pampa Gringa” approved (in essence, “inhabited by foreigners”) to the area (also comprising the East of Córdoba). By extension, and given the great number of inhabitants, “gringo” to the Italian. This name nowadays defines, proudly, the identity of their inhabitants, who are 70% descendants of that Italian deluge. This article proposes a brief historical approach, an analysis of the scope of the term and its emergence in the local and Argentinian literature.*

ADRIANA CROLLA es Magister en Docencia Universitaria. Ejerce como profesora de Letras y de Italiano en la UNL - UADER. Dirige el Centro de Estudios Comparados, la revista El hilo de la fábula (FHUC-UNL) y el Portal Virtual de la Memoria Gringa [www.fhuc.unl.edu.ar/portalgringo](http://www.fhuc.unl.edu.ar/portalgringo). Dirige el Programa de Investigación y Proyecto CAID-UNL 2011-2015. Es especialista en italianística, inmigración italiana, traducción y estudios comparados. En 2012 fue ganadora del Premio “Espacio Santafesino” (rubro Multisoporte) del Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, por el proyecto “Altrocché!: espacios de la italianidad en la cultura santafesina”. Entre sus publicaciones recientes se encuentran *Altrocché! Italia y Santa Fe en diálogo* (Edic. UNL, 2014); *Leer y enseñar la italianidad. Sesenta años y una historia en la Universidad Nacional del Litoral* (Edic. UNL, 2013); *Las migraciones italo-rioplatenses Memoria cultural, Literatura y Territorialidades* (Edic. UNL, 2013. Ebook); y *Lindes actuales de la literatura comparada* (Ediciones UNL, 2011).

#### **Palabras clave:**

- Inmigración
- Colonización
- Gringo

#### **Keywords:**

- Immigration
- Colonization
- Gringo

Envío: 05/09/2014

Aceptación: 22/11/2014

La Argentina posterior a la batalla de Caseros de 1852 con la que se cancela la tiranía nacionalista de Juan Manuel de Rosas, y en incipiente reorganización republicana con la promulgación de la Constitución Nacional en la ciudad de Santa Fe en 1853, ve la necesidad de abrirse al mundo y comenzar a “poblar el desierto” como preconizan los estrategas Sarmiento y Alberdi. De Italia y España, de Siria y del Líbano, de Escocia e Irlanda, de las lejanas Polonia y el Volga ruso, del Valois y la Saboya francesa, así como de la Vascongada,

llegan innumerables e incontenibles brazos y la sangre que constituirá “la levadura del inmenso pan que la Argentina repartirá por el mundo”.<sup>1</sup>

Encandilados por la propaganda de hábiles empresarios y una política decidida a abrir las puertas a la tierra “a todos los hombres del mundo que quieran habitarla” (Preámbulo de la Constitución Argentina) una masa creciente de desclasados llega en oleadas a este austral lugar del mundo en busca de la ansiada paz y prosperidad.

Pero por aquellos años los terratenientes, que obtenían una elevada ganancia de su ganado vacuno y de ovinos, se resistían a compartir el campo con los inmigrantes porque su entrada modificaría el equilibrio económico que durante décadas había sustentado sus fortunas, si bien los políticos “progresistas” defendían la necesidad del cambio.

Del concierto de provincias disponibles, solo Santa Fe demostrará interés en fomentar una nueva fórmula de colonización agrícola (Entre Ríos contaba con salida directa al mar por el Río Uruguay y en Buenos Aires se sentían los efectos de la política xenófoba rosista) extendiéndola también hacia las zonas fronterizas con la Pampa cordobesa. Mientras Buenos Aires se separa, Santa Fe empieza a fomentar sus vínculos con el extranjero y el puerto de Rosario se va lentamente transformando en cabeza de puente para el interior del país, primero como punto de confluencia de servicios de carretas y diligencias y posteriormente valorizado por el ferrocarril transpampeano.

El gobierno provincial santafesino es el primero en vislumbrar la ventaja de hacer de las colonias bastiones fronterizos para contener al indio y para valorizar las baldías y extensas tierras fiscales. Para ello toma como modelo a EEUU y Brasil, realizándose los primeros intentos de una política inmigratoria basada en la atracción de campesinos no europeos, considerados como “labrador” resistente y tenaz, por oposición al latino, el que, de acuerdo a los estereotipos en boga en el s. XIX, se imaginaba indolente y hostil al trabajo de la tierra y la naturaleza.

Los hacendados se manifiestan reacios al cambio, por lo que será el gobierno de la Confederación primero, luego el provincial y, por último, el nacional, el que corra con los primeros riesgos, compartiéndola con compañías europeas privadas asociadas cada vez más a los nuevos dueños de la tierra, quienes comenzarán la empresa colonizadora a gran escala sobre la base de la concesión gratuita de tierras fiscales. Es en ese momento cuando aparece en escena el primer “empresario colonizador”, Aarón Castellanos, gran propietario territorial de Salta, quien luego de Caseros había tomado contacto con el mercado financiero londinense siendo uno de los artífices del ferrocarril Rosario-Córdoba. Desairado primero por Buenos Aires y luego por Urquiza (vencedor de Caseros, líder del Partido Federal y presidente de la Confederación Argentina entre 1854 y 186), piensa en Santa Fe, zona pobre y al momento vacía pero potencialmente rica, y presenta su proyecto de colonización al gobierno provincial santafesino el que luego de hesitaciones y cabildeos, termina por aprobar el *Primer Contrato de Colonización* de la historia argentina, el 15 de junio de 1853 (del cual todos los posteriores tomarán modelo), que desembocó en la instalación permanente y exitosa de la primera colonia de extranjeros europeos suizos y alemanes, Esperanza, en 1856, beneficiada con la concesión

<sup>1</sup> C. Carlino, *Gauchos y gringos en la tierra ajena*, Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1976, p. 14.

de 20 leguas (54.000 ha) para la radicación de los agricultores europeos, seguida de San Jerónimo Norte y San Carlos en 1858.

Y nace así, en particular en el espacio de la llanura interior litoraleña que se reconoce como Pampa Gringa, una epopeya rural que cambiará los modos de producción económica locales y que hará entrar a la Argentina en el signo del progreso y de la producción, instalándose el mito de la Argentina como un fabuloso “granero del mundo”.

Pero los recién llegados no se encontraron con un desierto, ya que en la pampa la tierra era fértil y el agua abundante, solo que era virgen y desconocida su potencialidad productiva, pues ni el indio ni el gaucho se habían dedicado a cultivarla. Tampoco estaba deshabitada, ya que los indios poseían el derecho consuetudinario de habitarla y defenderla.

Con anterioridad a la fundación de la primera colonia agrícola con inmigrantes europeos se habían sucedido acciones para contener la avanzada de los indios, sobre todo, según afirma Gastón Gori,<sup>2</sup> coordinada con los gobiernos de Buenos Aires y de Córdoba y a través del establecimiento de fortines militares, pero sin que se registre una política orquestada en aras de un genocidio.

Hacia la segunda decena del s. XIX, el Brigadier López, caudillo que gobernaba la provincia de Santa Fe, accionó para agruparlos en asentamientos organizados. En 1824 el cacique abipón Fabricio Ríos pidió a López protección para escapar del acuerdo concertado entre otros caciques y con el capitán Salinas de la Provincia de Corrientes. López trasladó en 1826 más de 500 indios a un asentamiento que se denominó San Jerónimo del Sauce, repartiéndoles tierras a cada uno (si bien el historiador Cervera informa que los títulos no fueron respetados en su totalidad). Posteriormente el General Echagüe fue partidario de atraer a los indios con dádivas y demostraciones de amistad y el Gobernador Crespo, responsable de las primeras acciones colonizadoras, planificó ayuda concreta para los indios reducidos en el albor de una nueva etapa política y económica del país.<sup>3</sup> Por ello, cuando se funda Esperanza, la ferocidad y el temor a los malones era más una leyenda negra, y no impidió las instalaciones ni los trabajos agrarios, cayendo los hechos delictivos de los indios montaraces en escarceos para el robo de la hacienda y en homicidios esporádicos. Dos tipos de poblaciones se mezclaban constantemente: los indios reducidos y los que mantenían su independencia, llamados montaraces, y que se mantenían en gran número a grandes distancias hacia el norte de la provincia y nunca bajaron en malón contra las colonias, las que en pocas décadas se multiplicaron en cientos. Los mocovíes, abipones y tobas (que habitaban sobre todo al norte del Chaco) perduraron y, a pesar de la mezcla con los criollos, hoy día persisten en comunidades identificables.

En este fenómeno de integración es notable lo que registra el escritor y periodista Edmondo De Amicis cuando llega a Buenos Aires invitado por Lucio Vicente López el 1° de abril de 1884 y pide conocer las prósperas colonias del interior, visitando Santa Fe, Esperanza, Gálvez, San Carlos, Cavour, Pilar y, en particular, la colonia indígena de San Jerónimo del Sauce.

Al regreso a Italia, motivado por la emoción y fascinación del viaje, escribe su libro más famoso *Cuore* (1886), al que le seguirá *Sull'Oceano* (1889) e *In América* (1897). Es en este último donde recopila las conferencias, en

<sup>2</sup> G. Gori, *El indio y la colonia Esperanza*, Museo de la Colonización, Esperanza, 1981.

<sup>3</sup> Ibid., pp. 19-20.

particular *I nostri contadini in America*, que brinda en Trieste en 1887 y donde analiza las condiciones favorables experimentadas por sus coterráneos en estas progresistas colonias. Al llegar a la colonia San Carlos (la tercera fundada en 1858 por la empresa colonizadora del suizo Carlos Beck)<sup>4</sup> comprueba maravillado la supremacía de voces piemontesas que oye a su alrededor y queda conmovido cuando, ante la interpelación de un acompañante a una vieja india envuelta en un mantón de mil colores, “que estaba en pie delante de su choza con faz terriza y sus ojos oblicuos y una sonrisa de bruja - ¿Cree que lloverá pronto?, esta respondió en perfecto piemontés: - Mai pi! Mai pi!”.<sup>5</sup>

Es que en esta zona la experiencia inmigratoria y su integración a los elementos autóctonos tuvo perfiles especiales gracias al impacto de las políticas provinciales en la distribución de la tierra. Política que permitió la fundación de “colonias” así como el trazado de una impresionante red de vías férreas y de caminos que hicieron cambiar sustancialmente los modos y fluencias en las comunicaciones y regulaciones económicas, culturales y sociales de la región y del país.

A diferencia de Esperanza, los colonos que llegan a San Carlos dos años después reciben de la sociedad Beck-Herzog los víveres y materiales para la construcción de sus habitaciones, animales y semillas, así como un reglamento que estipulaba las normas morales, la educación de los niños, la administración de las cosechas y la disponibilidad de un servicio de 20 días al año para trabajos destinados al bien de la colectividad. Pero como las primeras cosechas no rindieron su fruto, en 1864 la empresa de Carlos Beck termina en desastre económico y entra en liquidación, vendiendo los bienes de su propiedad y cediendo a los colonos las parcelas comunes. Como para esa fecha dos tercios de las 120 familias iniciales ya eran propietarias de sus tierras y no estaban obligadas a la entrega del tercio de las cosechas, pueden soportar la crisis y el mal año de 1865.

Si bien los problemas no faltan y los colonos se alzan en rebelión contra el administrador, lo que provocará la expulsión de treinta familias. Beck, por su parte, regresa a Suiza retomando su actividad colonizadora con nuevos capitales y dejando apoderados, quienes se responsabilizan de esta segunda etapa de los trabajos coloniales.

Años de tenacidad y coraje hacen que la tierra comience a dar los frutos y que se activen las políticas provinciales, entre las que se destacan las acciones desarrolladas por Nicasio Oroño a partir de 1860. Primero como diputado nacional y gobernador interino, como Gobernador entre 1865 y 1868 y durante los nueve años posteriores en el Senado Nacional, siempre defendiendo la educación pública, la colonización de tierras, la libertad de pensamiento, la paz

<sup>4</sup> Es con el esfuerzo económico de Castellanos (quien asumió el costo de la importante publicidad realizada en Europa para encauzar el flujo inmigratorio de EEUU hacia el Río de la Plata), y de sus colaboradores: Carlos Beck-Bernard y Aquiles Herzog, en Suiza, Juan José Vanderest en Dunquerque y S. Testor en Frankfurt, que se consigue traer 200 familias suizo-alemanas para concretizar esta primera experiencia colonizadora. Carlos Beck había primero colaborado con la Confederación Argentina, organizando la venida de un primer grupo de colonos que más tarde fundarían la colonia San José de Entre Ríos. En carta a José María Cullen en 1864, le recuerda: “Ud. sabe que fue mi casa, ahora en liquidación, quien proporcionó al señor Castellanos casi todos los colonos de Esperanza. También fui yo quien trajo el plantel de la colonia San José en Entre Ríos”.

<sup>5</sup> E. De Amicis, *In America*, ed. M. Tirabassi, Monteleone, Vibo Valentia, 1993, p. 41.

y laicización de los registros civiles –lo que la valió la excomunión. Durante su corta gobernación se establecieron las bases para el proceso de racionalización y organización de la concesión de tierras de propiedad fiscal, impidiéndose la intermediación de capitalistas inescrupulosos y de especuladores, y favoreciéndose la apropiación genuina y legal de la tierra trabajada. El gobierno de Oroño pudo servir así de modelo a la nación en cuanto a modalidades de otorgamiento de tierras en propiedad y la eficaz aplicación de políticas relacionadas con los intereses públicos vinculados a la propiedad territorial.

El 29 de diciembre de 1862, el gobierno de Santa Fe concede a los primeros colonos su título de propiedad, sentándose un precedente de innegable peso político ya que por primera vez en la Argentina se entregaba en propiedad, una “porción de su tierra a la familia que directamente la trabaja, sin preguntar por su raza, nacionalidad, idioma o convicción religiosa, sino sólo por su honestidad y laboriosidad”.<sup>6</sup>

Después de 1870, se producen cambios vertiginosos en la propiedad de la tierra debido a la especulación y a la revalorización de los precios, que tienta a los latifundistas a venderla en parcelas a los recién llegados, quienes se dedicarán en general al monocultivo del cereal. Las exigencias europeas de cereales, especialmente de trigo, aumenta por esos años y ofrecen a la naciente producción de las colonias agrícolas de Santa Fe un enorme mercado, facilitado enormemente por el desarrollo de la navegación transatlántica.

Por otro lado se expande la inmigración espontánea, estimulada directamente por las campañas sistemáticas de las compañías contratistas que difunden por Europa noticias sobre estas nuevas colonias y, en particular, por acción de las redes inmigratorias, incitando los ya radicados a parientes y amigos a dejar Italia y a unírseles ante la notoria necesidad de incorporar nuevos brazos fuertes al trabajo agrícola y por lógicas necesidades afectivas. Un modelo de ello por su origen y desarrollo es Rafaela.<sup>7</sup>

De acuerdo a las estadísticas, si hacia 1850 el Litoral (Provincias de Santa Fe y Entre Ríos) se hallaba prácticamente vacío de hombres y animales y en 1858 toda la llanura santafesina contaba con sólo 25.000 habitantes frente a los 180.000 de Buenos Aires, entre 1869-1895 la población de Santa Fe aumentó de tal manera que alcanzó el 350%, frente a los 250% de Buenos Aires.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Un texto ineludible para indagar sobre esta problemática es el de Gastón Gori, *Inmigración y colonización en la Argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1988.

<sup>7</sup> En 1879, después de sesenta días de viaje, llegan a Esperanza los primeros colonos, todos italianos y en su casi totalidad piemonteses, convocados por Guillermo Lehmann para colonizar el territorio donde empieza a conformarse Rafaela, a 100 kms de la capital provincial a partir de 1882. “Lehmann se da cuenta rápidamente que estos campesinos, fugitivos de la guerra, del hambre y de la miseria, son trabajadores incansables, modestos, dóciles, tolerantes, cerrados en sí mismos, pero prontos a cantar en coro para acompañar el trabajo del campo. Sesenta y nueve familias piemontesas compran buena parte de las 448 concesiones por un total de 15.000 hectáreas. A quien compra más de un lote, Lehmann regala 10.000 ms<sup>2</sup>. en la ciudad. Se ha documentado que algunos piemonteses rechazaron la oferta de Lehmann quizás para evitar los gastos notariales, pero más probablemente porque querían vivir en la propia tierra para defenderla y cultivarla mejor”, P. Agosti, ‘Piemontesi in Argentina’, en *Torino magazine*, 5, mayo de 1989, De Quattro, Turín. La traducción es nuestra.

<sup>8</sup> R. Gaignard, *La pampa argentina, de la conquista a la crisis mundial (1550-1930)*, trad. Ricardo Figueira, Ed. Solar, Buenos Aires, 1989, p. 157.



Entre los '60 y los '80 la pampa santafesina comienza a poblarse y los italianos, en particular los piemonteses, se destacan en número y acción. La provincia cuenta ya con 17 colonias en 1869 (seis entre 1856 y 1866 y once entre 1867 y 1869); ocho más en 1870 y 29 entre 1871 y 1880 llegándose a 54 en 1880, las que pertenecen a 36 propietarios diferentes.<sup>9</sup>

Los italianos comienzan a posicionarse como la fuerza predominante y a extenderse el apelativo "Pampa Gringa" (en sustancia "habitada por extranjeros") que será definitivamente sancionado por el escritor Alcides Greca en su novela homónima de 1936.

Por extensión y masividad pasará a llamarse "gringo" al italiano. Apelativo que hoy día define orgullosamente la identidad de sus habitantes, descendientes en un 70% de aquel aluvión itálico.

EN BUSCA DEL TÉRMINO "GRINGO". El término *gringo* tiene una larga trayectoria, incluso no privativa del s. XIX ni de la Argentina. Desde sus orígenes ha sido asociado a 'extranjero' en sentido lato:

- (i) El mote *gringo* es ya registrable en España en el *Diccionario Castellano* de Esteban de Terreros (1765-83) en cuanto *gringos* llamaban en Málaga al "extranjero que posee cierto tipo de acento fuereño al del español, que tiene cierta especie de acento, que lo priva de una locución fácil y natural castellana, y en Madrid dan el mismo nombre con particularidad a los irlandeses".
- (ii) En su edición del año 1914, el *Diccionario de la Real Academia* registra el término *gringo* como sinónimo de 'griego', señalando que en su acepción figurada y familiar, "hablar en gringo" equivale a "hablar en griego". Por su parte, Corominas explica que la alteración fonética de *griego* a *gringo* se habría procesado en dos tiempos: primero, de \**griego*\* a \**grigo*\*, una reducción normal en castellano y más tarde, definitivamente, a *gringo*.
- (iii) El *Diccionario de la Real Academia Española* legisla: *Gringo, ga* (de etim. disc.) adj. Fam. Extranjero, especialmente de habla inglesa, y en general todo el que habla una lengua que no sea la española. Dícese también de la lengua extranjera // (Amer. Merid.) Norteamericano de EEUU // (Argentina y Perú). Persona rubia y de tez blanca. (*Diccionario de la lengua Española*. Real Academia Española 1992, XXº ed. Madrid, p. 1059).
- (iv) Pero en Argentina: *Gringo, ga* adj. Se dice del extranjero, inicialmente del inglés y luego en particular del italiano. U.T.C.S. (Cfr. *Diccionario del habla de los argentinos*. 2003 Academia Argentina de Letras, Espasa, Buenos Aires, pp. 330-331)

<sup>9</sup> G. Carrasco, en *Descripción geográfica y estadística de la Provincia de Santa Fe*, Santa Fe, 1882, reconoce la existencia de 4 en 1864 con 2.779 pobladores; 18 en 1869 con 10.027; 32 en 1874 con 15.510 y 39 en 1876 con 23.595 personas. Lo que demuestra que para 1876 sólo 5 han fracasado.

- (v) Y Athos Espíndola, en su *Diccionario del lunfardo* (2002) Planeta, Argentina, pp. 251-252. dice: *Gringo, ga* adj. Extranjero en general // Italiano // Hablar en gringo. Expresarse en un lenguaje incomprensible.

(vi) Mario E. Teruggi por su parte registra:

Término vulgar con que se moteja al extranjero cuya habla difiere totalmente de la castellana, como el inglés, el alemán, el francés y el italiano. Así, no se dice nunca gringo al español, al hispanoamericano, al brasileño ni al portugués. La costumbre de llamar gringos preferentemente a los italianos es por la sencilla razón de que en el Río de la Plata la inmigración italiana era entonces tan predominante que tocándolos a cada paso, ofrecíase a cada instante la ocasión de habérselas con ellos y de usar consiguientemente el calificativo de que se trata, ora por vía de gracia en sentido familiar, ora con enojo entre el común de la gente.<sup>10</sup>

No queremos dejar de mencionar la presencia de una leyenda singular, compartida por Argentina y Méjico, que intentaría dar otra explicación, más romántica y popular, a la presencia de esta voz en este continente. Con referencia a la Argentina se cuenta que “los soldados de Beresford, durante la primera invasión inglesa (1806) cantaban por las calles de Buenos Aires una canción que comenzaba ‘green grow the rushes (o roses) in Ireland’ cuyos sonidos iniciales: *grin grou*, habrían quedado en los oídos de los porteños y dado origen a *gringo* que durante el s. XIX se aplicó preferentemente a los ingleses”.

Esta leyenda, que recoge Ignacio B. Anzoátegui en su poema *Las Invasiones Inglesas*, es bella, sin duda, pero no sabemos si es tan cierta, ya que historiadores mexicanos como el cronista de la Ciudad de México, Artemio de Valle-Arizpe (1884-1961), también remite el origen de la palabra *gringo* en su país a una cancioncilla popular inglesa de aliterativas guturales y ritmo de vals lento *Green Grows the Lilacs* (Verdes crecen las lilas) que, según el musicólogo Barry Taylor, tuvo sus orígenes en una canción parecida, *Green Grows the Laurel*, que fuera muy popular en la Escocia del s. XVII. En los días septembrinos de 1847, cuando el ejército norteamericano de Winfield Scott toma la capital mexicana, afirma Valle Arizpe que los usurpadores trajeron una cancioncilla de vulgaridad sobresaliente, con cadencias roncadas, monótonas y largas, que sonaba opaca y sin gracia en los oídos mexicanos, tan hechos a los sones animados y frescos de su música popular. Los envanecidos vencedores iban por calles y plazas cantando esta canción y jamás se les caía de los labios la infeliz tonadilla. *Green Grow the Rushes* (lo que en su idioma significa: “crecen las juncos verdes”), por lo que la gente de la ciudad, al oír repetir tanto y a todas horas esa abominable canción de *green grow*, llamó *gringos* a los norteamericanos, haciendo de las dos expresiones una sola y que pronunciaban a su manera.<sup>11</sup>

Otras versiones contrapuestas afirman que en la Batalla de El Álamo, Texas en 1836, los mexicanos les gritaban “greens go” (iverdes, váyanse!) al ejército estadounidense que llevaba el uniforme de ese color y que durante la

<sup>10</sup> M. E. Teruggi, *Panorama del lunfardo*, Corregidor, Buenos Aires, 1974, p. 116,

<sup>11</sup> A. Valle-Arizpe, *Historia, tradiciones y leyendas de calles de México*, Tomo III, Editorial Planeta Mexicana, México, 1999.

guerra México-estadounidense de 1845-1847 los soldados estadounidenses oían gritar a su comandante en el campo de batalla "green go" (¡verdes, adelante!) y que los mexicanos imitaron burlonamente el grito dando este sobrenombre a sus enemigos y cargando de valor negativo al término.

Esta es la versión que explicará la posterior acepción despectiva de la palabra en el sentir del mejicano en relación con el habitante de EEUU.

De este recorrido se desprende que *gringo* sería entonces una voz usada en toda América para designar al extranjero que habla otra lengua pero en contacto con la población local. En la mayoría de los países latinoamericanos *gringo* se usa para referirse a personas de piel blanca que no hablan una lengua romance. En Centroamérica, Venezuela y Puerto Rico no es un término peyorativo y se usa como sustituto del término *americano*, ya que esta palabra incluye a gente de todo el continente, no solo de Estados Unidos. En México, en cambio, se refiere exclusivamente a las personas del país del norte, sea cual sea su lengua u origen étnico, y es popularmente usada en sentido despectivo y revanchista.

En Argentina si primero se asoció a los ingleses, hoy, sobre todo en Buenos Aires y entre los jóvenes por influencia de internet y de la cultura yankee, se lo aplica también a los estadounidenses. Pero no ocurre lo mismo en el imaginario colectivo de la Pampa Gringa donde a causa de la masiva presencia de la inmigración italiana, por derivación, se transformó en gentilicio de "italiano", privilegiándose la nota más afectiva y un marcado sentido de integración socio-cultural hasta posicionarse como gentilicio de un espacio físico y un tipo social con fuertes connotaciones positivas, lo que ha quedado registrado en la literatura y que diéramos cuenta en otras sedes.<sup>12</sup>

**DERROTEROS DEL TÉRMINO GRINGO.** Como afirmamos, en los primeros tiempos el término "gringo" era asociado a "extranjero" y así lo llamó como repulsa el habitante autóctono: el gaucho.

Hudson, en un ensayo leído en el *Young Mand's Christian Association* de Buenos Aires y publicado en el periódico católico *El Arjentino* del 8 de julio de 1872, afirmaba que:

El pobre paisano no ve que es su falta de ilustración y de libertad lo que lo tiene atrasado. He aquí como el fanatismo hace fácil que se trueque el grito de "mueran nuestros gobernantes" que he oído con vehemencia, en "mueran los gringos y masones" que todos hemos oído resonar sobre la pampa, cuál el sordo y aterrante rumor que precede a una tormenta, de sangre tal vez.

El sociocentrismo porteño indujo a la rebelión y a la concepción de la necesaria defensa de lo propio por el gaucho, lo que fue generando en los nuevos

<sup>12</sup> A. Crolla, *Leer y enseñar la italianidad. Sesenta años y una historia en la Universidad Nacional del Litoral*, 1ª ed., Santa Fe, Ediciones UNL, Santa Fe, 2013; A. Crolla, 'Ser gringo: traducción cultural itálica en la configuración identitaria de la pampa santafesina', en VV.AA., *Transgresiones y tradiciones en la literatura*, Asociación Peruana de Literatura Comparada (ASPLIC), Univ. del Pacífico/Universidad Católica Sedes Sapientiae, Lima, 2009, pp. 229-281; y A. Crolla, 'Viajes de "indentidad/es es-trábicas" en la memoria escrituraria italo-argentina', en S. Serafin (ed.), *Ecos italianos en Argentina. Emigraciones reales e intelectuales*, Campanotto editore, Udine, 2009, pp. 21-36.



territorios ocupados formas de rebelión y de violencia cada vez más incontenibles.

El diario *La Pampa* del 21 de diciembre de 1872 en un suelto titulado *La división social de Chivilcoy* afirmaba que “en la pampa el gringo era el réprobo para nuestras masas... el masón el pretexto para perseguir al extranjero”.

Los hechos ocurridos en Tandil el 1 de enero de 1872 reflejaron lo tan temido. En las primeras horas de ese día, una banda de gauchos, enfervorizados por la arenga de un curandero santón al que llamaban Tata-Dios, asaltó el pequeño poblado matando a más de cuarenta y cinco pobladores, en su mayor parte, extranjeros. El diario *L'Italiano* dio cuenta extensamente de los hechos en sus números de enero y febrero, y un vecino de Tandil, Teodoro Lezina, testigo de los hechos, dejó registro en *La Tribuna* del 7 de enero de que “Treinta a cincuenta paisanos a caballo se habían reunido en la plaza del pueblo de donde se dirigían al juzgado enarbolando una bandera punzó y blanca gritando: Viva Machado y Figueroa, mueran los masones, los gringos...”

Machado, ex combatiente de las huestes de Garibaldi y luego esbirro de la campaña política de los candidatos mitristas bonaerenses, es un ejemplo del odio que la ideología imperante había desarrollado hacia el extranjero y que, más que representar una férrea resistencia al cambio, era la expresión más terrible de la defensa de intereses en peligro del grupo sociocentrista, ante la independencia económica y los cambios que las nuevas formas de organización social, minifundista y de microeconomía familiar, que empezaban a desarrollar e imponer los colonos, así como la creciente y activa presencia de algunos de ellos en las comisiones municipales, con peso político y económico creciente de su palabra.

Solané, estrechamente aliado a los ganaderos latifundistas, predicaba a sus hombres “que para salvar al pueblo es preciso matar todo lo que fuese masón o gringo”. Y el instigador de los hechos de Tandil, desde la estancia del más importante funcionario local donde estaba alojado ordenaba a sus esbirros: “Ha llegado el momento de matar a los masones, de acabar con las autoridades y de abrir las cárceles que nos dará un buen contingente de amigos. Que todo extranjero concluya sus días en vuestras manos”.<sup>13</sup>

Prédica a la que se sumaban los curas para abortar la radicación de los protestantes y que se hace muy notoria en las colonias de la Pampa Gringa santafesina y de la que da cuenta Estanislao Zeballos, estadista, legislador, periodista y escritor rosarino nacido en 1854. El autor del proyecto de *Ley de Radicación de Extranjeros* de 1883, escribió en ese mismo año su interesante ensayo: *La región del trigo* (1883), obra que integrada a *Viaje al país de los Araucanos* (1881) y *A través de las cabañas* (1888), constituye una trilogía de indudable valor documental, no sólo por la intencionalidad analítica y defensa de la inmigración como un factor positivo para el engrandecimiento de la Argentina, sino además por el tono ameno que el autor dotó a su discurso.

SER GRINGO DESDE LA LITERATURA. En los más antiguos documentos literarios rioplatenses que pudimos cotejar encontramos el término *gringo* indicando “extranjería lingüística” y la consecuente imagen de alteridad que provocaba en el criollo. Por ejemplo, estos versos del uruguayo Francisco Acuña de Figueroa (1790-1862) quien en *¡Buena va la danza!* [c. 1840] expresa:

<sup>13</sup> ‘Los asesinatos de Tandil’, *La Tribuna*, 7 de enero de 1872 (citado en Rodríguez Molas, *Historia social del gaucho*, vol. 2, CEAL, Buenos Aires, 1994, p. 284).

Llega en cerduno lenguaje  
 un *gringo* diciendo “güi”  
 y mil monos, luego aquí  
 le imitan el aire y el traje  
 o le encargan que trabaje  
 en la pública enseñanza.<sup>14</sup>

La referencia a “güi” corresponde por fonética al *oui* francés. La superioridad del francés en la mirada del criollo uruguayo se manifiesta en admiración y hasta sumisión cultural. No aparece todavía el matiz peyorativo que sí acompañará la imagen xenófoba del extranjero inmigrante en el criollo argentino.

El argentino Hilario Ascasubi (1807-1875) en el poema *Paulino Lucero* relata, entre otras cosas, episodios del sitio de Montevideo entre los años 1839 y 1851. En su poema encontramos el uso del término con intencionalidad política, ya que incluye una fecha. Con ello provoca transferencia paródico-semántica hacia el santo y seña “federal”, siendo él mismo “unitario”. Los “extranjeros” en este caso no lo son por diferencias lingüísticas sino por ser representantes de la tan apostrofada barbarie política argentina:

¡Viva la Federación!  
 ¡Mueran los salvajes *gringos*!  
 Buenos Aires, Julio a 20,  
 del año cuarenta y cinco.

Esteban Echeverría en su *Matadero* [c. 1840] utiliza el término gringo para apostrofar la barbarie cultural del extranjero, aunque todavía desde la superioridad del criollo letrado, cuando dice: “Lo más notable que sucedió fue el fallecimiento casi repentino de unos cuantos gringos herejes que cometieron el desacato de darse un hartazgo de chorizos de Extremadura”.

En Estanislao del Campo (1834-1881) empezamos a leer la confrontación entre dos clases de nuevos marginales: el gaucho y el gringo-inmigrante y la lucha que se entabla entre ellos para dirimir la posesión de la tierra en tierras donde predomina el latifundismo. La relación entre el gaucho y el gringo se definirá por relaciones de incomprensión mutua y desafío permanente, exacerbado por la oligarquía terrateniente. La literatura muestra con claridad las consecuencias de los cambios demográficos que provoca la incontenible y no planificada política inmigratoria, lo que se vivencia en Buenos Aires a partir de la sanción de la Ley de Inmigración.<sup>15</sup> Y en el gaucho, el reclutamiento forzoso y cercenamiento de su libertad y *modus vivendi*, por la apropiación de la oligarquía vacuna porteña de la pampa colindante. Tierras fiscales robadas a los

<sup>14</sup> En D. Granada, *Vocabulario rioplatense razonado*, Imp. Elzeviriana, Montevideo, 1890.

<sup>15</sup> Durante el gobierno de Bernardino Rivadavia (1826-27) el gobierno sanciona un decreto donde se especifica la decisión de “ofrecer protección y tierras para labores agrícolas, a los individuos de todas las naciones y sus familias que quieran fijar domicilio en territorio argentino asegurándoles el pleno goce de los derechos con tal que no perturben la tranquilidad pública y respeten las leyes del país”.

indios con el auxilio de la misma fuerza social que las políticas oficiales colaboraban en marginar.<sup>16</sup>

El gaucho y el gringo (sobre todo en la pampa bonaerense) serán víctimas de una misma política y experimentarán las mismas vejaciones y destino de hombres sin tierra ni propiedad, obligados al vagabundeo y matreraje por el desierto, rebajados en sus derechos y utilizados como fuerza de choque para la obtención de esos mismos territorios. En las arriadas, tanto el gaucho como el extranjero soportan el mismo avasallamiento de la libertad que les otorgaba a los políticos porteños una ley aplicada a su arbitrio. Pero tanto el gaucho, como producto de su época e ignorancia, y el gringo, por su propio carácter de extranjeros, no pudieron establecer un lazo de solidaridad y unión de fuerzas para protestar y proclamar en común, un estado de cosas que se padecía en gran parte del país. La aversión que se entabla entre estos dos grupos sociales es reflejada en la literatura no desde la voz de los mismos actores sino por parte de los letrados que se erigen en observadores calificados del estado de situación.

Es así que por ejemplo encontramos en *Fausto (impresiones del gaucho Anastasio el Pollo)*, de 1870, cómo Estanislao del Campo introduce en el parlamento del gaucho el apelativo gringo para mostrar la mirada despectiva y crítica que el intruso provoca ya que para el gaucho, el gringo no es sólo un “otro distinto” sino un peligro para el grupo social autóctono al encarnar perfiles de intruso, embrollón, estafador y ladrón. De todos modos, podemos comprobar que todavía “gringo” es extensivo a cualquier extranjero sin distinción de nacionalidad o lengua.

(Laguna)

- Hace como una semana  
Que he bajao a la ciudá,  
Pues tengo necesidá  
De ver si cobro una lana.

Pero me andan con “mañana”,  
Y “no hay plata”, y “venga luego”.  
Hoy no más cuasi le pego  
En las aspas con la argolla  
A un *gringo* que aunque es de embrolla  
Ya le he maliciado el juego (v. 111-120)

Dice Pollo

(...) Y para colmo, cuñao,  
de toda esta desventura,  
el puñal de la cintura,  
me lo habían refalao.

A lo que acota Laguna

- ¡Algún *gringo* como luz  
para la uña ha de haber sido!

Y Pollo concluye:

- ¡Y no haberlo yo sentido!  
En fin, ya le hice la cruz. (v. 229-236)

<sup>16</sup> Más información a este respecto en G. Gori, *La pampa sin gaucho*, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1952.

Mientras que Ascasubi, Echeverría y Del Campo todavía utilizan gringo para referirse a los inmigrantes en general, Hernández en 1872 aplica el término a los italianos en su *Martín Fierro*, pero en particular al *napolitano* quien, junto al genovés, como hombres de puertos, fueron los primeros en llegar a nuestras tierras ya durante el s. XVIII, y en particular al inicio del XIX, época de constitución del puerto de Buenos Aires y generación del barrio portuario de la Boca, al que dieron su particular perfil.

Los que por distintas circunstancias de marginación política o económica se vieron expulsados de este ámbito ciudadano y cosmopolita, instauraron el prototipo del mercadeo y “tano” de vida nómada. De allí a la definición de un *topos* literario que ya aparece en *Martín Fierro* y el sainete terminará de definir: el italiano de grandes *mostacholis* (bigotes), nómada y saltimbanqui, con su organillo y su mono, que encarna al expulsado, por defecto o imprevisión de las políticas inmigratorias porteñas, hacia la campaña colindante. En 1872 José Hernández utiliza *gringo* en su poema para, desde la mirada despectiva del gaucho, cargar sobre la figura de ese inicial inmigrante italiano la mirada xenófoba de la élite porteña.

Coincidimos con Antonio Pérez Amuchástegui<sup>17</sup> en que la calidad de los inmigrantes que deambulaban por la pampa debe ser tenida en cuenta cuando se analiza este fenómeno. Pero nos parece un tanto exagerada su afirmación de que deberían ser “verdaderos batallones” los organilleros que deambulaban por esos vastos territorios casi despoblados. Más bien tendemos a buscar la causa de esta transferencia en la reacción xenófoba ante la etnia italiana por parte de la élite porteña provocada por la irrupción de una inmensa masa inmigratoria no deseada a raíz de las nefastas consecuencias de equivocadas políticas inmigratorias centrales, una experiencia que tuvo ribetes absolutamente diferentes en las colonias de las provincias interiores.

Pero vayamos al *Martín Fierro* para dar cuenta del matiz humorístico que Hernández plasma ante la situación de incomunicación por interferencia lingüística:

Era un gringo tan bozal  
Que nada se le entendía  
Quién sabe de ande sería!  
Tal vez no juera cristiano  
Pues lo único que decía  
Es que era pa-po-litano. (852)

Cuando me vido acercar:  
¿Quién vivore? Preguntó,  
¿Qué víbora? —dije yo—  
¿Ha garto...? Me pegó el grito—  
y yo dije despacito:  
“Más lagarto serás vos”. (864)

El *topos* literario aparece cuando Fierro da cuenta de las violentas levadas que hacía el ejército (la Guardia Nacional) en su necesidad de contar con soldados para la guerra, injusticia a la que se vieron sometidos tanto gauchos

<sup>17</sup> Nos referimos, en concreto, a A. Pérez Amuchástegui, *Mentalidades argentinas 1860-1930*, Eudeba, Buenos Aires, 1984.

como los gringos errantes y expulsados del sistema productivo. Sin embargo, la altanería y orgullo de la oligarquía se manifiesta en la caricatura que se realiza del gringo como payaso y cobarde:

[III: 319]

Allí un *gringo* con un órgano  
y una mona que bailaba,  
haciéndonos rair estaba  
cuando le tocó el arreo.  
¡Tan grande el gringo y tan feo!  
lo viera cómo lloraba!

Y diferencia:

Hasta un inglés sanjiador  
que decía en la última guerra  
que él era de Inca-la-perra<sup>18</sup>  
y que no quería servir,  
también tuvo que juir  
a guarecerse en la sierra.

Ni los mirones salvaron  
de esa arriada de mi flor  
fue acorayao el cantor  
con el *gringo* de la mona,  
a uno solo, por favor,  
logró salvar la patrona... (336)

Duramente castigado por las políticas centrales, Fierro, el gaucho desclasado, no critica las verdaderas causas de la injusticia sino que para defender la gallardía y derechos de su raza, rechaza las políticas que pretenden igualarlo al gringo. Clase a la que considera inútil porque no sabe subsistir en esa tierra salvaje, la que pertenece al gaucho por derechos seculares y que por tanto se ve obligado a defender:

Yo no sé por qué el Gobierno  
Nos manda aquí a la frontera  
*Gringada* que ni siquiera  
Se sabe atracar a un pingo  
¡Si creará al mandar un *gringo*  
que nos manda alguna fiera! (894)

<sup>18</sup> Inglaterra. Los sanjeadores eran contratados para cavar zanjas defensivas contra los indios. El inglés de Inca-la-perra queda ya diferenciado de los gringos, como vemos a estrofa seguida. Es asimismo interesante observar que el inglés —por lo de sanjiador— seguramente no sería inglés, sino irlandés: trabajaba, como se induce, en una obra de defensa y fortines, como la que se organizó con poco éxito, previo a la campaña al desierto. Y que consistía en una zanja de 100 leguas la que debería detener los malones. Esta obra tomó el nombre del ministro de guerra de entonces, llamándose la Zanja de Alsina. Si en ella trabajaron ingleses, con seguridad lo hicieron como ingenieros o contratantes, pero sí hubo muchos irlandeses de la gleba que fueron a las pampas a sudar la gota gorda, quienes no sólo tuvieron que “juir” de las partidas, sino precisamente de los ingleses que habían sojuzgado su patria.



No hacen más que dar trabajo  
 Pues no saben ni ensillar  
 No sirven ni para carniar  
 Y yo he visto muchas veces  
 Que ni volteadas las reses  
 Se les querían arrimar. (900)

Y lo pasan sus mercedes  
 Lengüeteando pico a pico  
 Hasta que viene un milico  
 A servirles el asao  
 Y eso sí, en lo delicaos  
 Parecen hijos de rico.... (906)

Más adelante, en la *toldería*, veremos aparecer la gran metáfora de la experiencia inmigratoria: la asociación gringo-barco. Símbolo recurrente en la literatura posterior para traducir el desarraigo, el dolor y la soledad sufrida por el extranjero en la agónica apropiación de la nueva tierra.

Había un *gringuito* cautivo  
 Que siempre hablaba del barco—  
 Y lo ayugaron en un charco  
 Por causante de la peste—  
 Tenía los ojos celestes  
 Como potrillito zarco. (3174)

Estos versos pertenecen a la segunda parte de la saga martinfierrista: *La vuelta de Martín Fierro*, escrita en 1879, siete años después de la primera y que ya refleja los cambios operados en la política y la economía de una Argentina entrada en el mercado mundial y producto del salto modernizador que acompaña el proyecto político liberal. Al decir de Josefina Ludmer: “El pacto económico y la integración de la ley por el trabajo...Martín Fierro queda pacificado y legalizado como el trabajador de la riqueza de la Argentina agro-exportadora”.<sup>19</sup>

Es en ese año en que comienza la publicación de otra obra capital, la novela de Eduardo Gutiérrez, *Juan Moreira*, en forma de folletín, donde el gaucho, raza ya en vías de extinción, se erige como mito definitivo de la heroicidad popular. Moreira es injustamente perseguido por el mismo poder que lo ha llevado a la violencia y la ilegalidad. El nuevo sistema económico de explotación agropecuaria de la tierra, basado en la parcelación y la explotación racional, está provocando la definitiva desintegración del gaucho como “centauro de las pampas”, y comenzando a desarrollar el estereotipo del “vago matrero”. En este popular folletín las penurias del gaucho Moreira se inician por una cuestión de dinero en la que tiene que ver el gringo. Moreira, gaucho trabajador y ahorrativo, es un transportista rural independiente que arrea ganado hasta las vías del ferrocarril. De férrea moral y nobles virtudes, presta de buena fe sus ahorros a un italiano, Sardetti, incipiente comerciante de ramos generales y representante de ese grupo de “advenedizos” que, recién instalados en la pampa, no han aprendido todavía a regularse económicamente y se sienten ajenos a una geografía y sociedad rural todavía hostil y expulsiva.

<sup>19</sup> J. Ludmer, ‘Los escándalos de Juan Moreira’, Prólogo, en E. Gutiérrez, *Juan Moreira*, Perfil, Buenos Aires, 1999, p. X.

El italiano es convencido por el Teniente Alcalde, quien está decidido a perder a Moreira para apropiarse de su mujer, a negar la deuda contraída con el gaucho. El honor de Moreira es mancillado al ser inculpado por mentiroso y llevado al cepo. Esto lo impulsará al duelo en el que mata a Sardetti, porque así lo exige la reparación de su honor. Violencia lícita, pues, según los parámetros anteriores de la moral y justicia basada en la fiereza y el valor de la fuerza. Pero para la nueva sociedad, aquella que pretende borrar definitivamente la barbarie “gaucha” e instaurar la civilidad dentro de los marcos del nuevo orden modernizador, la moral del duelo y el facón no tienen ya cabida.

En este nuevo orden social el gaucho matrero es un peligro porque pretende seguir regulándose en libertad. Actitud contraria a las necesidades del nuevo estado liberal basado en el alambrado y los parcelamientos.

Por ello Moreira debe buscar a Sardetti para obligarlo a pagarle el dinero prestado o reconocer que ha mentido y, ante su negativa, reparar la ofensa con el duelo a cuchillo. Un paisano intenta evitar el lance previniendo a Moreira del fatal destino al que se someterá si mata al “otro”: “No te pierdas hermano, el *gringo* no vale la pena y vas a tener que huir del pago”.<sup>20</sup>

Es la única vez en que el personaje del italiano es nombrado como “gringo” y en forma despectiva. Y ello en boca de un gaucho. El narrador letrado se referirá siempre a Sardetti por su apellido o profesión: almacenero o pulpero. El modo en que el comisario, más allá de sus aviesas intenciones, apostrofa al gaucho por mentiroso y pendenciero está señalando también la destrucción de una raza que en la realidad, como afirma Gutiérrez en el folletín, fue empujada por el mismo poder a una criminalidad forzosa: “El gaucho, habitante de nuestra pampa tiene dos caminos forzosos para elegir: uno es el camino del crimen, por razones que expondremos, otro es el camino de los cuerpos de línea, que le ofrece su puesto de carne de cañón”.<sup>21</sup>

Las diferencias culturales en el imaginario colectivo entre las dos razas explican que, en obras posteriores, encontremos en forma recurrente los correlativos colectivos: *gringaje* y *gringada*, para designar, con fuerte carga despectiva, la particular tendencia a manifestaciones ruidosas y bullangueras, típicas de las comunidades italianas, contrarias al recato y mutismo característico de las costumbres del gaucho.

Ya toda la *gringada*  
Se empieza a alborotar  
Y van a concluir mal.  
(García Velloso, E. Gabino [1898] 1957: 112)

Otros ejemplos podemos encontrar en *Ruinas* de Payró: “¡Novelerías de Martín! ¡ Vos también parece qu’ en ocasiones te ablandás y comenzás a hacerle caso a sus *gringadas*!”<sup>22</sup> y en Filloy: “Todo el *gringaje* de las colonias adyacentes iba “donde Amalio” para proveerse y pasar el rato”.<sup>23</sup>

Mientras tanto, la Pampa interior evocada por Sarmiento en el *Facundo* era la representación del espacio ideal de conquista e inserción del colono europeo, proveniente, según los ideales sarmientinos, del ámbito nórdico-

<sup>20</sup> E. Gutiérrez, *Juan Moreira*, Perfil, Buenos Aires, 1999 [1879], p. 30.

<sup>21</sup> Ibid., p. 11.

<sup>22</sup> R. Payró, *Sobre las ruinas*, Farcía y Dasso, Buenos Aires, 1956 [1904], p. 63.

<sup>23</sup> J. Filloy, *Cuentos de provincia*, Orión, Buenos Aires, 1974, p. 97.

protestante. Sin embargo, la gran oleada inmigratoria se va organizando casi mayoritariamente con inmigrantes italianos y el término *gringo* pasará a ser utilizado, especialmente en la literatura, como un apelativo casi exclusivo para el italiano. Y será tanto más gringo, extranjero e intruso, cuanto más se adentre e inserte en un espacio que no está desierto sino ocupado humana y productivamente por su natural habitante: el gaucho.

Por esos años, la oleada inmigratoria italiana irrumpía impetuosa y masiva concentrando sobre sí las causas de los profundos cambios demográficos operados. Pero hay que hacer la salvedad que el gringo “papoletano” de Hernández se diferenciará en mucho de este otro recién venido de las extremidades *contadinas* del norte de Italia, adonde llegaban las atractivas ofertas de las compañías que trabajaban a las órdenes de Aarón Castellanos diseminadas por todo territorio limítrofe entre Suiza e Italia. Este nuevo inmigrante entrará directamente al interior del país a fundar centros productivos (las colonias), a acceder con bastante facilidad a la tierra y a dedicarse al desarrollo agrícola. Retomamos las palabras de un historiador de la época que sí veía con lucidez esta diferencia, Guillermo Wilken:

Está bastante divulgada y generalizada una opinión adversa a la inmigración italiana; pero aparte de que en esto mismo hay ya cierta exageración rutinaria, es preciso no confundir el verdadero colono italiano, sobre todo si es lombardo o piemontés, con los inmigrantes que pululan nuestras calles, dedicados al tráfico en la más pequeña escala, de los comestibles, utensilios domésticos y frutas inmigrantes sueltos, sin familia y que por lo general son napolitanos.<sup>24</sup>

Sin embargo, las condiciones históricas sitúan a los recién llegados en una pugna con los pobladores nativos (el gaucho) potenciadas por el choque de dos concepciones de vida muy disímiles y, en un primer momento, casi inasimilables: la cultura recolectora y del patrón proveedor y protector, frente a la del trabajo, la previsión y la pequeña economía familiar. La situación con que se encontró el recién llegado colaboró en la exacerbación de las diferencias y lo obligó, por otra parte, a redefinir su identidad de origen. Pero el proceso fue lento y difícil y el gringo tuvo que pelearse con el nativo, al que pasó a denominar “negro” considerándolo vago, ladrón y pendenciero. Tanto el gaucho, producto de su época e ignorancia, y el gringo por su propia extranjería, fueron víctimas de la ideología imperante, lo que impidió que pudieran establecer inicialmente lazos de solidaridad y unir sus fuerzas para protestar y cambiar el statu quo impuesto desde la oligarquía porteña.

Si para el gringo el trabajo constituía la base no sólo de la riqueza sino del sentido de la vida y de su destino identitario, para el criollo,<sup>25</sup> tanto para el poderoso como para el sometido (el gaucho), los siglos de dominación feudal de cuño españolizante habían impuesto una idea del trabajo como industria vil y privativa de la “clase menuda”. El mismo gaucho, aun siendo dueño de un campito y de un pequeño rebaño, o al servicio del patrón estanciero, considera inferior el trabajo de la tierra y por ende inferior el que lo realiza: el gringo. Ello explica el odio que desarrollará hacia un grupo social que va apropiándose poco a poco de aquello que más ama: su tierra. Protegido, piensa, por los de “arriba”:

<sup>24</sup> G. Wilken, *Las colonias*, 1873, p. 311; G. Gori, *La pampa sin gaucho*, op. cit., p. 8.

<sup>25</sup> *Criollo* significa en Argentina tanto el hijo de españoles nacido en el país como la raza que surgió de la mezcla del español y del indio.

El gringo no llegó y se fusionó. No bajó de la galera antes, del gran tren después y cayó en los brazos fraternales del gaucho. El criollo —no obstante su fama de hospitalario— no le dio su propio rancho para que lo habitara, como es menta de tradicionalista. El gringo miró al gaucho con desconfianza y provocó reacciones pendencieras. Muchos años debieron transcurrir antes de que muertos ya los primeros, la palabra gringo perdiera su sentido peyorativo.<sup>26</sup>

Florencio Sánchez, escritor nacido en Montevideo, Uruguay, en 1875, ingresa en 1902 en la redacción del diario *La República* de Rosario, ciudad de la Provincia de Santa Fe donde vive hasta 1909, año en que viaja a Italia y muere en Milán poco tiempo después.

Mientras el sainete, género teatral que nace y se desarrolla en Buenos y que por esos mismos años se dedica a mostrar el impacto inmigratorio y las transformaciones sociales de la gran urbe, a partir del estereotipo del “tano” y del “cocoliche”,<sup>27</sup> el texto que Sánchez estrena en 1904 en Rosario, *La gringa*, es un drama rural ambientado en la provincia de Santa Fe, donde propone una interpretación diferente basada en el fenómeno colonizador de la Pampa Gringa.

Es interesante comprobar cómo en la obra se reflejan los efectos positivos que el imaginario colectivo ha ido construyendo sobre el “gringo” gracias al éxito de la política “colonizadora” en tierras que ya empiezan a reconocerse con ese nombre.

A comienzos del s. XX, el gringo ha pasado definitivamente a ser el dueño de la tierra y el gaucho, su antiguo centauro y señor, se ha convertido en un peón. Los pocos gauchos que conservan la propiedad sobre la tierra se ven avasallados por la tenacidad y productividad del inmigrante. Y si todavía se manifiesta cierta lucha racial, ahora es el gringo el que impone condiciones y rechaza mezclarse con los nativos a quienes tipifica como indolentes y parasitarios.

Se podría decir que *La gringa* es la primera obra dramática que muestra estas contradicciones proponiendo un mensaje sobre la necesidad de superar los opuestos y lograr la integración del gaucho con el gringo. La acción se articula alrededor de una tipología creíble de arquetipos de la vida en ese contexto histórico geográfico. Don Nicola y María, matrimonio de gringos ricos y pujantes, dueños ya de una importante cantidad de tierras y con solvencia, han prestado plata al gaucho Cantalicio quien por impericia, juego y vagancia (según opina el gringo), no puede devolver el préstamo, perdiendo el rancho y la tierra, que considera le pertenecen por derecho histórico.

Los hijos de ambos, Próspero (del gaucho) y Victoria (del gringo) se han enamorado. Los peones, gauchos, ven al gringo como desalmado con la propia prole al someterla a condiciones bastante duras de trabajo sin comprender la impronta progresista de este modelo trasplantado de economía doméstica.

Nicola, el gringo, rechaza por su parte al gaucho y se enfurece cuando se entera de las pretensiones de Próspero. Sus palabras reflejan las diferencias que todavía separan a ambos grupos sociales y la supremacía que el gringo ha adquirido por sobre el gaucho:

<sup>26</sup> G. Gori, *Ha pasado la nostalgia*, Colmegna, Santa Fe, 1950, p. 34.

<sup>27</sup> Tano: aféresis de napolitano. Mote popularizado en el imaginario colectivo porteño para designar al italiano y por extensión, de la mayoría inmigrante que junto a los genoveses llegaron y se radicaron en el puerto de Buenos Aire desde la época de Rosas.

Nicola: Cosa?... Cosa?... Mándese a mudar le digo. En seguida, eh? Casarse!...Casarse!...Te gustaría eh?, casarte con la gringa pa agarrar la platita... los pesitos que hemos ganado todos trabajando...trabajando como animales sobre la tierra! Ya! Mándese a mudar...haraganes!... aprendan a trabajar primero... No me faltaría otra cosa de que después de tanto sacrificio pa juntar un poco de economía, viniese un cualquiera a querérsela fundir...Conque casarte!...casarte con la herencia, no? Con la herencia del gringo viejo... pa gastarla en los boliches y jugarla en las carreras... Haraganes! Mándese a mudar! (vase mascullando frases en dialecto piemontés) Mándese a mudar! Aprenda a trabajar primero.<sup>28</sup>

Próspero, que ha dejado su mundo para trabajar como peón de los gringos, ha aprendido de la experiencia y puede darse cuenta de la necesidad del cambio y de lo poco que se necesita para generar una “buena raza” en esta nueva Argentina. Bisagra entre las dos culturas, es el vocero del mensaje superador de la obra: la generación de una nueva sociedad basada en la integración y en la valoración de los opuestos. Por ello reta a los peones que mascullan críticas contra su progresista patrón: “Qué saben ustedes!... Búsquenme la última gringuita de estas y verán que mujer así le sale...qué compañera pa todo...habituada al trabajo, hecha al rigor de la vida, capaz de cualquier sacrificio por su hombre o por sus hijos... Amalaya nos fuéramos juntando todos los hijos de criollo y de gringo y verían que cría!” (pp. 20-21).

El drama culmina felizmente y la unión matrimonial se concreta. La apertura mental de ambos jóvenes hacia lo “otro” y la venida de un hijo anticipado, es el *deus ex machina* que justifica el final feliz. Los nombres de la pareja, Próspero y Victoria, simbolizan el cambio y el nacimiento de una pujante burguesía agraria que está haciendo dar a la tierra su mayor provecho.

Y es que cuando se piensa en la incidencia de la presencia italiana en la formación de la identidad argentina, en especial en la de la Pampa Gringa, tendríamos que reconocer otros valores que, a pesar de las crisis y cataclismos a los que la clase dirigente y los derroteros históricos nos sometieron, nuestra sociedad local reconoce como propios. Códigos culturales que constituyen un eje matricial reconocido como “italianidad” o “gringuidad” a partir de valencias sustancialmente positivas como ser: 1) Concepto aglutinante de familia y de la “casa” como signo de unidad y prosperidad; 2) Espíritu estoico asociado al trabajo y al ahorro; 3) Fuerte tradicionalismo lingüístico y cultural; 4) Gregarismo endogámico; 4) Valor nuclear de la maternidad; 5) Respeto a los manes y a los mayores y 6) Sensibilidad artística y musical.

Para estos gringos el *fare l'America* se tradujo en ahorro, austeridad y acumulación de la riqueza para llegar a ver concretado el sueño de mejora social en la generación siguiente. Y, si era posible, con el acceso a la universidad de los hijos en pos de la utopía de “m’hijo el doctor”. La privación del goce en aquellas manifestaciones asociadas al ocio, la corporalidad y el lujo (la ropa, las joyas, el mobiliario) se debe a que otorgaron valor a los bienes inmuebles: la tierra y la casa, la que construyeron con sus propias manos y luego modernizaron y embellecieron en paralelo al crecimiento de su poder adquisitivo. El signo de prosperidad se hizo visible también en la monumentalidad y ostentación de su residencia del futuro: el panteón familiar. Todo ello dio lugar a una arquitectura con una estética peculiar en las ciudades y el campo colindante (las casas “chorizo” o “italianizantes”) y en la conformación escenográfica de signos sociales identitarios plasmada en los numerosos cementerios diseminados por

<sup>28</sup> F. Sánchez, *La gringa*, Ameghino Ed., Rosario, 1999, pp. 30-31.



la dilatada llanura gringa. Una retórica visivo-espacial y de prácticas sociales comunitarias, altamente identificativa.<sup>29</sup>

En los textos poéticos que tratan de la colonización no encontramos la palabra directa de sus verdaderos actores, mayoritariamente iletrados y con marcado mutismo por el mundo que habían dejado atrás. Aunque portaron consigo, sin reconocerlo, valores ancestrales que transmitieron a sus hijos y que, fructificados en la savia de la nueva tierra, armaron la matriz cultural e ideológica de la nueva sociedad.

Es la generación de los hijos, argentinizados en la nueva lengua, la que construye el canto épico de la gesta que sus padres amasaron en el trabajo cotidiano de la siembra y en la agónica conquista de la tierra.

Si bien Pedroni es su estandarte, por potencia expresiva y porque Leopoldo Lugones lo llamara “hermano luminoso”, asegurándole un reconocido lugar en el canon poético argentino, éste integra una tríada, al modo de la magna del Trecento italiano, que generó un entramado poético y espiritual confraternal por tonos y temáticas que reconocemos como Gesta Gringa. Y, lo que es más importante, un diálogo de conscientes y compartidas miradas estéticas. En la palabra de José Pedroni (Gálvez, 1899 - Mar del Plata, 1965), Mario Vecchioli (Sunchales, 1903 - Rafaela, 1978) y Carlos Carlino (Oliveros, 1910 - Buenos Aires, 1982) se inaugura el mito y se inscribe la memoria colonizadora.

Pedroni,<sup>30</sup> con su libro *Monsieur Jaquin* (1956) y poemas como *La invasión gringa*, *Génesis*, *Puerta*, *Historia de una escritura*, *Nostalgia*, *Monumento a la agricultura*, rinde tributo cantando la gesta colonizadora en

<sup>29</sup> Los italianos, en el conjunto de las etnias inmigradas, se destacaron por su tesón y destreza en las tareas agrícolas y, quienes se radicaron en contextos ciudadanos, por su capacidad y potencialidad creativa en las tareas ligadas a la construcción: la albañilería y el diseño de frentes y molduras. Tanto es así que las ciudades de fuerte inmigración italiana, como, por ejemplo, Santa Fe, Rosario o Córdoba, o también en las pequeñas aldeas y en los solares esparcidos por la llanura de la pampa gringa, se destaca un tipo uniforme de casa rectangular, con altas ventanas y puerta de entrada rectangular, una serie de habitaciones que dan a una larga galería lateral y dos o tres patios después de la cocina y dependencias de servicio. La casa que se identifica con el apelativo “a la italiana”, que no es posible encontrar en Italia, es sin duda una reelaboración de un estilo arquitectónico bastante difuso en el Piemonte, sobre todo en Turín. Estos albañiles sin diplomatura realizaron una especie de “corporación” comunitaria y desarrollaron un estilo nuevo rediseñando la antigua casa “colonial española” que era cuadrada, baja y techo a dos aguas.

<sup>30</sup> José Pedroni nació en Gálvez, Santa Fe, en 1899 pero su vida transcurrió en Esperanza, primera colonia santafesina. Y Murió en esa ciudad en 1965. Publicó numerosos libros de poesía, entre ellos *La gota del agua* (1923), *Gracia plena* (1925), *Poemas y palabras* (1935); *Diez mujeres* (1937); *El pan nuestro* (1941); *Nueve cantos* (1944), *Monsieur Jarquín* (1956), *Cantos del hombre* y *Canto a Cuba* (1960), *La hoja voladora* (1961) y *El nivel y su lágrima* (1963). Leopoldo Lugones le dio consagración nacional al llamarlo entusiasmado “Hermano luminoso”. Poeta del hombre, la mujer y la familia gringa, sus versos musicales y sencillos tienen sin embargo fuertes reminiscencias de la más excelsa tradición italiana. En otra sede señalamos la fraternidad con el *Cántico de las creaturas* de San Francisco, visible en las metáforas y sentimientos con que anunció como ‘hermano’ al hombre concreto y la naturaleza de su entorno. (cfr. A. Crolla, ‘Literatura italiana y argentina en contacto en Borges, Puig y Pedroni’, *Cuadernos de Filología Italiana*, *Homenaje al Doctor Ángel Chiclana*, núm. extraordinario, 2000, pp. 561- 577).

sus esencias arquetípicas. Con tonos más personales, construye también la memoria verbal del padre itálico rescatando metonímicamente sus herramientas de albañil como símbolos constructores de la sociedad naciente.

El rafaelino Mario Vecchioli<sup>31</sup> es quizás, de esa generación, el más explícitamente ligado a una matriz leopardiana en su “marchigiana” manera de aprehender lo real. No solo por ser hijo de un marchigiano al ser su padre oriundo de Camerino, Ancona, sino porque en 1913 llegó con su hermano menor Nolfo a la ciudad de Osimo llevado por su padre para que estudiara durante los 10 años siguientes en el Colleggio Convitto Campana. Es sobre todo en los poemas de *Silvas labriegas* (1952) donde esta mirada alcanza su mayor expresión, y en el poema “Los inmigrantes”, con la elección de un adjetivo audaz como “carne amarga” contrapuesto a la “tierra iluminada” y a la exactitud metafórica del “inventar un mundo”, logra reflejar las mayores contradicciones. Grito épico y constatación dolorosa que hermanan su poesía a la imagen de los inmigrantes del cuadro homónimo de Antonio Berni.

El desarraigo y la progenie en perspectiva histórica, resplandece en el grito épico del poema: *Los inmigrantes*

Eso que el barco tira sobre el muelle  
con el desdén con que se arroja un bulto,  
es el dolor sobrante de una raza  
que supo del poder, la gloria, el yugo.  
Carne sufrida de los verdes valles,  
De la campiña, la montaña, el burgo.  
Gringos que vienen, apretando  
Su lástima en el puño.

Pero esos hombres que hablan un idioma  
de música y arrullo,  
esos desheredados hombres  
de ojos tranquilos y de brazos rudos,  
son los que traen el mañana,  
los que alzarán el porvenir a pulso,  
ennoblecendo el pan de cada día  
desde la oscura dimensión del surco...

Y sin temblar se llevan su coraje

<sup>31</sup> Mario Vecchioli nació en Sunchales, provincia de Santa Fe en 1903. A la muerte de su padre debe retornar de sus estudios en Italia, pero los 8 años allí transcurridos fundamentan su vasta cultura y su acercamiento a los clásicos. A su regreso se radicó en Rafaela donde vivió hasta su muerte, en 1978. Fue redactor del diario *La Opinión* y comentarista de *El Norte*. Fue Director de Cultura de la Municipalidad de esa ciudad y desde su función instituyó los concursos anuales de poesía, cuento y teatro que contribuyó a un estimulante desarrollo local de las artes. Obtuvo numerosos premios de literatura y entre su obras es de mencionar: *Mensaje lírico* (1946); *Tiempo de amor* (1948); *La dama de las rosas* (1950); *Silvas labriegas* (1952) *De otros días* (1970); *El sueño casi imposible* (1974); *Lugar de tierra nuestra* (1975); *Reiteración del hombre* (1977) y *Obra poética edita e inédita* (1981). Y una edición especial de la Municipalidad de Rafaela ha reunido toda su obra en *Obra poética*, 1996. Las constantes temáticas de su poesía están dadas por la presencia armoniosa de la naturaleza y sus ciclos, la exaltación de lo sencillo y elemental, la admiración por la voluntad de trabajo y la perseverancia del gringo y la actitud esperanzada ante la vida.

a conversar con el mundo.

Particularmente relevante es el poema “Canto final”, con que el poeta parece cerrar en sentida síntesis, un periplo poético cristalizado en los retratos de los dioses anónimos del surco y la simiente, de esos rudos gringos que supieron hacer germinar la vida desde el dolor y cincelar la nueva historia superando la nostalgia en la estoica aceptación de la nueva geografía.

Hay un silencio de sencilla gloria  
en los retratos rígidos de entonces,  
donde los rostros tienen el decoro  
rural de los terrones...

Aún múltiples presencias  
hablan de aquellos pobres gringos pobres  
que ahora, a la distancia,  
cobran perfil de dioses...

Los días se marcharon  
Con su chirriar de goznes,  
y con los días ellos,  
los gringos cumplidores.

Los gringos que hoy, allá en el fondo  
de su infinita noche  
seguramente todavía juegan  
al sueño que trajeron del Piamonte:  
el sueño aquel de paz, de pan, de hijos,  
de pampa gaucha y noble  
conque empujaron el milagro  
que por tus anchas venas corre.

Es bueno recordar lo que ellos dieron.  
Es bueno olvidar la deuda enorme.

Para esos gringos tuyos, ciudad mía  
¡Te pido el bronce!

Carlos Carlino<sup>32</sup> en *Poemas de la tierra* (1938) y *Poemas con labradores* (1940) recupera la voz mediterránea del padre y abuelo y de tantos labradores que, con ternura de novio, aprendieron a amar y conquistar el nuevo suelo.

<sup>32</sup> Carlos Carlino nació en Oliveros, provincia de Santa Fe en 1930 y murió en Buenos Aires. Su obra abarca una importante producción en poesía, teatro, ensayo y periodismo. Recibió numerosos premios nacionales e internacionales tanto por su obra poética como por su dramaturgia y se destaca entre sus contemporáneos por haber planteado con sobrio estilo y profundidad problemáticas tanto urbanas como rurales de su provincia pero en especial del ámbito de la pampa gringa. Entre sus obras mencionamos: Producción Lírica: *Cara a cara* (1933); *Vecindades* (1935); *Poemas de la tierra* (1938); *Poemas con labradores* (1940); *La voz y la estrella* (1945); *Patria Litoral* (1946). Obra dramática: *La Biunda* (1945); *Cuando trabaje* (1946) *Tierra del destino* (1951); *Un cabello sobre la almohada*; *Las andanzas de Juan Tordo* (teatro para niños); *Esa vieja serpiente engañadora*; y en el ensayo: *Biografías en gringos* (1975); *Los gauchos y los gringos en la tierra ajena* (1976).

Como afirmó su amigo Pedroni, el lino que llevaba en su apellido es clave y coloración de su particular palabra poética, dignificada en la bucólica relación con la tierra y en la dolorosa conciencia de los sacrificios y costos que fue necesario pagar para “enamorarla”.

Una segunda generación adquiere notoriedad entre 1960 y 1970 por el voluntario abandono de la épica y el redimensionamiento de los procesos históricos desde una postura más intimista. Estos escritores se imponen relatos y poemas con fuerte impronta autobiográfica (y también crítica) como registro indagatorio y objetivo del pasado a través de un tenaz ejercicio de la memoria.

Muertos ya los *pare* y las *mare*, elaboran sus propias mitologías del Edén perdido y la infancia feliz en la gran casa labriega, contrapuesto al desencanto de un presente hostil, ciudadano, signado por la fugacidad y la imposible persistencia de las cosas.

En este grupo impacta el pensamiento pavesiano y se destaca la personalísima voz de Lermo Rafael Balbi (nacido en Aráuz, colonia agraria de la Provincia de Santa Fe en 1931 y muerto en Santa Fe en 1988) quien hace una elección vital y estética al introducirse en una tenaz fabulación del recuerdo para reconstruir la propia identidad colectiva. El texto dramático *Adiós, adiós, Ludovica*, que significó un hito en la dramaturgia local, ubica la acción en la chacra de los Racca en “Corda”, nombre mítico inventado por Balbi para designar la llanura santafesina donde se radicaron los colonos piemonteses después de la promulgación de la Ley de inmigración. “Indudable identidad la atmósfera abierta, iluminada y soledosa de nuestra planicie húmida, abundante en ganados y mieses, que los colonos italianos de entonces y sus hijos argentinos dieron carácter y destino”, afirma en el prólogo.

Comparten este territorio y una común sensibilidad e intencionalidad mítica otros dos escritores rafaelinos que no podemos dejar de mencionar: Elda Massoni (Ataliva, 1938 - Rafaela, 2001), de quien tomamos prestado el título de este apartado, y Fortunato Nari (Monte Oscuridad, Dpto. San Cristóbal, 1932).

Jorge Isaías,<sup>33</sup> perteneciente a la última generación es autor de *Crónica gringa* (1976, 1ª y 2ª ed.) volumen siempre renovado que lleva ya cinco

<sup>33</sup> Jorge Isaías nació en Los Quirquinchos, localidad del Departamento Caseros, plena pampa gringa santafesina, en 1946. Actualmente reside en Rosario y asume funciones de relevancia en la Subsecretaría de Cultura de la Provincia. Ha publicado *La búsqueda incesante* (1970); *Poemas a silbo y navajazo* (1973); *Oficios de Abdul* (1975); *Cartas australianas* (1978); *Poemas de amor* (1ª ed. 1979; 2ª 1986); *La memoria más antigua* (1982) *Y su memoria olvido* (1985). Entre sus últimas publicaciones es de destacar *Como un caballo salido del mar* (2003) y la antología sobre sus trabajos *La persistencia del canto*. Multitud de publicaciones en diarios y revistas e importante su labor de rescate y promoción de poetas rosarinos de escasa difusión, sus estudios sobre la obra de Pedroni, hacen de este poeta un referente indiscutible del quehacer literario provincial. *Crónica gringa* es un volumen que no se cierra nunca, siempre renovado, libro que hasta la fecha lleva seis ediciones diferentes: una primera humilde edición de 12 poemas y 500 ejemplares en la imprenta La familia de Rosario en 1976 y una reimpresión con 17 poemas, dos meses después, con 750 ejemplares más. En la primavera de ese mismo año, aparece *Nueva crónica gringa*, una plaqueta con 8 poemas más y en 1983 la 3ª edición, ahora con 43 poemas y 2.000 ejemplares publicados por Ed. La Cachimba de Rosario. De 1990 es la 4ª edición y de 2000 una 5ª, editada por la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe. La 6ª y por ahora última edición, bajo el título de *Crónica gringa y otras crónicas*, fue publicada por Librería Ross en 2010 con 700 ejemplares y 116 poemas y la inclusión de otros dos libros de poemas: *Pintando la aldea* y *Aquella luz de abril*.

ediciones y que ubica a su autor en un lugar singular en la poesía argentina. Allí sentencia: “Mi misión es de cantor, lo sé, qué sería/de mis graves hermanos si mi voz no sonara baja, humilde, /pero orgullosamente gringa sobre la pampa...”

En “Homenaje en octubre”, pequeña joya poética en prosa escrita en honor al mes de la muerte de su abuelo gringo, celebra y con él celebramos las muchas voces que hasta hoy cincelan el túmulo verbal donde debe quedar registrada la memoria:

Mi verso debe tener la carnadura tumultuosa de los gringos amando y dando a parir entrañas de la tierra. .. Escribo sobre cosas de los míos. Del sudor reseco en sus vidas de trabajo intenso y sus pocas esperanzas.

¿Qué soy sin ellos? ¿Qué soy sin sus raíces afincadas a la tierra?... Ellos son mi sangre detenida y sin embargo, viva. Están en libertad conmigo, y pueden maldecir incluso hasta mis versos, mi afán, mi amada descendencia, si un día abandono la monocordia de mi canto.

Cuando rodeamos el fogón, o algún asado entre los árboles, a los míos y a mí no une una botella de ginebra y tanta intemperie compartida. Entonces vuelvo a ser un niño y escucho lentas historias sin ocios y con deudas numerosas.

Pero ellos descansarán en paz, porque un cantor menor usurpa su voz, y lenta, parsimoniosamente la va echando al afán dispersador de todos y cada uno de los vientos.

1982. Verano

No podemos concluir sin mencionar algunos emergentes de la escritura de la crítica, como la estudiosa y docente Gladys Onega, quien escribe en los tempranos ‘60 un ensayo pionero sobre *La inmigración en la literatura argentina* (1982). En 1999, bajo el signo crítico-autobiográfico de la época, publica *Cuando el tiempo era otro. Una historia de infancia en la pampa gringa*. Los avatares familiares, los choques interculturales (el padre gallego, la madre criolla) son el marco de la evocación. Pero la mirada crítica focaliza en los conflictos políticos y sociales que eclosionaron durante el ocaso colonizador, en el período entreguerras. Temas como el fraude político, los inmigrantes italianos, el fascismo y los expulsados de la tierra, se entremezclan con los recuerdos personales haciendo del texto un interesante aporte al análisis histórico y sociológico.

*La pampa gringa* (1983) del historiador santafesino Ezequiel Gallo, es un texto fundacional y de lectura indispensable para conocer el proceso de colonización agrícola en la provincia de Santa Fe entre 1870 y 1895. *Colonos en armas. Las revoluciones radicales en la Provincia de Santa Fe* (1893), publicado en 2007, completa el panorama sobre el proceso de transformación y creación de la Argentina moderna por efecto de la inmigración.

Algunos años antes, Carlos Carlino, en *Gauchos y gringos en la tierra ajena* (1976), había analizado el fenómeno desde sus orígenes, indagando con lucidez las numerosas aristas del proceso inmigratorio en el proceso de constitución nacional. Celebrándolo como “un milagro único” porque los hijos de los inmigrantes se hicieron americanos sin dejar de ser hijos de extranjeros. “Un milagro que sólo se da en la Argentina y que sólo pueden entender los limpios de corazón, los puros de conciencia y los inmigrantes de la invasión pacífica y su extensa progenie aborígen”.<sup>34</sup>

<sup>34</sup> C. Carlino, *Gauchos y gringos en la tierra ajena*, op. cit., p. 332.